

PEDAGOGOS ILUSTRES

Siempre tuviste razón: Aida Evelia Regalado Areces, maestra (1919-1995)

Por: MSc. María del Carmen Ruisánchez Regalado (*)

Centro de procedencia: Escuela Internacional de Educación Física y Deportes

E-mail: mariarr@eiefd.co.cu

Para Olivia y Amelia, el futuro

Cuando pasan los años, la cáscara se vuelve polvo y no queda más que las esencias ¿pedagoga? Creo que a ella no le habría complacido, es un nombre demasiado grande... simplemente maestra, siempre, a cada momento; dejó tras de sí la huella de su fortaleza a toda prueba, la invencible defensa de puntos de vista propios, su indiferencia por lo superfluo, la lealtad a los amigos, al magisterio, al hombre que se enamoró de ella a los doce años, cuando montaba patines por la acera... a San Juan, de donde nunca quiso ni pudo salir, donde estarán para siempre sus raíces, el recuerdo de su sonrisa, la gratitud de sus alumnos, el renovado camino a La Tinaja (1), que la vio subir durante tantos años, Río Seco todo, que tanto anduvo con la verdadera pedagogía del amor, conversadora deliciosa, fiel a la Iglesia, mudo testigo de su "comunicación sin intermediarios" con las Alturas, a donde iba siempre con velo, aun cuando cesó su uso... fiel al recuerdo de las casas en que vivió, "pegadas a ella como el molusco a su concha"... la última se convirtió en templo, tributo, refugio, donde fue tan feliz y donde se murió como quiso, cuando creyó cumplida su misión de acompañar un trecho a su hija y a su nieta, después que su compañero se volvió nostalgia y dejó tras de sí un insuperable ejemplo de valentía ante un final que vio venir y recibió con la misma entereza con que había vivido; ella, cual Amaranta de estos tiempos, se fue con su luz y debimos reconstruirla cada día con la herencia de aquellas inolvidables lecciones de vida.

Maestra por azar

Siempre la hizo muy feliz la casualidad que la llevó al magisterio: nacida en 1919, ya era una adolescente cuando Cuba acababa de salir de la triste dictadura de Machado; hija de maestros que cobraban o no el exiguo salario cada tres o cuatro meses, solamente la voluntad invencible de su madre –que heredó- haciendo maravillas con agujas de tejer en mano, pudo permitir a una familia con dos hijos sobrevivir en esos años; en tales condiciones, no podía esperarse mucho; sin embargo, estudió piano con una maestra para imitar: Rosita Delgado, al igual que su hermana Emilia después, habrían de propiciarle un futuro que también dependió mucho de aquella madre, hija de españoles, maestra habilitada, que impartía lecciones con cada gesto de amor; su esfuerzo de nuevo le abrió el camino: una pianola convertida en piano, comprada a plazos eternos, hizo posible que tuviera ese aval en el momento de decidir qué estudiar; el "azar coincidente" de tener una madrina en cuya casa de La Habana podía vivir mientras estudiaba en la Escuela Normal de Kindergarten, hizo a la familia aceptar la propuesta de esa amiga de la niñez, vecina en San Juan y también española: Nica Martínez convirtió en realidad algo que parecía un sueño, cuando aquella muchacha se enteró de que existía una carrera donde se aunaban dos de sus más grandes preferencias: su amor por los niños y la música. A finales de los años treinta partió a la capital, después de recibir clases de Emilia Delgado, uno de los más

grandes paradigmas de pedagoga en Pinar del Río, también sanjuanera, quien preparaba a los jóvenes para ingresar al Instituto de Segunda Enseñanza, y donde coincidió con aquel muchacho que la amaba en silencio desde niño y donde empezó realmente una amistad que se convertiría años más tarde en un amor sencillamente inolvidable.

La Habana y la Normal de Kindergarden

La Escuela, situada en el Vedado, en la calle 11 entre 4 y seis (2), posibilitó el viaje diario en tranvía desde la lejana calle Neptuno, entre Oquendo y Marqués González, mientras conocía una ciudad que aprendió a amar y cuyo deterioro años después, tanto sufrió. Las lecciones de Fröebel fueron moldeando las aptitudes de aquella joven soñadora y quizás en sus estudios no se distinguió como la de más altas calificaciones, pero la propia reseña en el libro de graduadas caracteriza su imagen transparente, que la acompañó toda la vida:

“No se vayan a figurar que, por apellidarse Regalado, vive como Carmelina. No, que va, Evelia es estudiosa y en condiciones. Una cara bonita –y parece que ella lo sabía- es lo más gracioso, pues jamás usó para su arreglo personal, pinturas de ninguna clase, que contribuyeran a realzar su belleza natural. Su clase práctica fue magnífica, por lo que le auguramos sonados éxitos en el desempeño de su carrera...”

Se convenció de las posibilidades de moldear criaturas mediante la educación, desde tempranas edades, puesto que en esa época existía –y ella lo practicó mucho- el kindergarden desde los tres años, con las adecuaciones pertinentes. La Escuela la formó, aunque no dejó de tener tropiezos, como toda joven: la asignatura que más la golpeó fue Teoría de la Música, se descuidó y la desaprobó en segundo año; no dijo nada a la familia y trató de aprobarla en los exámenes de fin de curso, de manera que cuando su madre llegó a La Habana, feliz porque había vencido el segundo año, portadora del segundo pulcito de oro, que con tanto sacrificio regalaba a su hija en cada fin de curso, se encontró con que ella le había ocultado la asignatura pendiente; logró aprobar, pero aprendió la lección: cualquier resultado desfavorable era inadmisibles, por ella misma y porque allá, en el lejano y amado San Juan, esperaba alguien, que entre otras cosas, no merecía ni el engaño ni el fracaso; al final, los pulsos fueron tres, los años de estudio y aún hoy constituyen en la familia no solo patrimonio por su valor monetario, sino compromiso y símbolo de una actitud ante la vida: no darse por vencidos... eso se transmite...

De nuevo en San Juan

Los años cuarenta vieron regresar a la flamante maestra (3), aunque lo primero que debió hacer fue buscarse ella misma un aula donde trabajar, el estado no se lo garantizaba; seguía los principios de Fröebel y sabía después cuánto más habría de prepararse: “Si el corazón no adquiere energía y firmeza, la voluntad quedará inerte para el bien; si por el contrario, el corazón es fuerte, la voluntad será poderosa”. Ya en el pequeño pueblo había tradición de ese tipo de enseñanza: Ñiquita Saíenz estaba considerada una de las mejores maestras del país y ello hizo florecer un grupo de esa enseñanza, que llegó a crear una tradición (4); al fin, un político accedió y pudo tener una escuela con mejores condiciones. Se casó con aquel empecinado, que la pretendió siempre y tuvo una hija, que habría de escoger la docencia como profesión, de todas maneras; la admiración hacia aquella mujer, maestra todo el tiempo, lo hacía inevitable: de todas maneras, durante varios años dio clases en la casita de uno de los

alumnos, o en un pequeño local de guano, en el cual cuando llovía, debían guarecerse todos debajo de sombrillas, porque el techo no era tal; la nueva escuela mejoró las condiciones de la docencia, pero no cambió las costumbres de la maestra: debía explicar en las pequeñas casitas de uno de los barrios más pobres de San Juan, que era el kindergarten –docencia de ciudad- y por qué era conveniente para los niños asistir desde una edad tan temprana; además visitaba constantemente a aquellas familias, cuyos niños educaba; cuando no podía darles más, siempre se agradece el cariño sincero; por otra parte, el famoso “desayuno escolar”, que se suponía debía garantizar el estado, no era noticia conocida en La Tinaja; solo el esfuerzo y la cooperación de algunos maestros podía brindar a los pequeños alguna mejoría en sus vidas, niños que en muchas ocasiones no podían ir a clases mientras sus padres le consiguieran al menos una muda de ropa para asistir y en muchas ocasiones, al salir el humito por las ventanas de las casas, la maestra debía permitir que ellos fueran a recibir la única comida del día y después regresar a la escuela; sin embargo, el dueño de la finca recibía ganancias de sus tierras, mientras su hija habría de casarse con el primogénito de uno de los más ricos hacendados de Camagüey. Esos contrastes tan violentos provocaron el cambio: al triunfo de la Revolución, a aquellos en los que prevalecía la desesperanza, se les abrieron los horizontes: Evelia contaba con orgullo historias de los que ella había recibido tan pequeños, quienes ahora disfrutaban de una vida digna, con plenos derechos, no vetados por una miseria estancada, que solamente podía cambiar para ser peor: los logros en sus muchachos, eran sus medallas, nunca aceptó condecoraciones, decía que sus premios eran ver acercarse a ella a hombres y mujeres hechos y derechos, simplemente para agradecerle sus enseñanzas y sobre todo su amor hacia aquellos niños a los que nunca cambió el apodo que traían de su casa, porque consideraba que eso favorecía su incorporación a la vida escolar; quizás no era un precepto de los libros de teoría, pero sí una filosofía propia de la maestra que vivía al lado del cine: no lo había aprendido entre los muros vetustos de una mansión del Vedado, las enseñanzas que recibía cotidianamente en Río Seco la marcaban mucho más.

Ella hace honor a sus medallas

Sin embargo, al triunfo de la Revolución, la escasez de maestros de enseñanza general hizo poner en práctica políticas erróneas y los maestros de kindergarten debieron incorporarse a trabajar en otros grados de la enseñanza primaria; se reparó el error años después, pero en ese momento ella no lo entendió y argumentaba el carácter especial de la enseñanza preescolar, que requiere de un personal especializado; se negó rotundamente a participar en lo que ella consideraba un disparate y dejó de trabajar en una profesión que tanto amó y prestigió; de todas maneras, nunca dejó de ser maestra: la época del llamado “promocionismo” la encontró con más fuerza que antes para alertar sobre un fenómeno tan negativo: los logros alcanzados no podían perderse, ahora que todos gozaban de las mismas oportunidades; consideraba un distorsionamiento de los propios principios pedagógicos tales proceder, se estaba hipotecando el futuro y desgraciadamente tenía razón.

A pesar de que su vida había cambiado por las grandes ausencias familiares, no es posible definirla de otra manera que “maestra”, a lo que fue fiel hasta el final. Hoy, desde el recuerdo, esa pedagogía se repite en su hija y en su nieta... quienes también prefieren medallas de otro tipo... al igual que Evelia, llevan su profesión como un acto de fe.

Alamar, 1ro de octubre de 2013

(*) Sobre la autora:

María del Carmen Ruisánchez Regalado (1952) Máster en Didáctica del Español y la Literatura, Profesora Auxiliar. Fue fundadora del Instituto Superior Pedagógico de Pinar del Río, donde laboró desde 1975 hasta 2004. Actualmente reside en La Habana y trabaja también como profesora en la Escuela Internacional de Educación Física y Deportes, en San José de las Lajas, donde es además Secretaria General Docente, desde 2004.



Evelia Regalado en La Tinaja Kindergarden.



Antigua escuela normal en San Juan y Martínez.



Evelia Regalado y sus alumnos.



Maestras de Kindergarden en San Juan y Martínez en los años 40 del siglo XX.

Sentadas: Carmita Saínez, Teresa Saínez, Ofelia López, Evelia Regalado, Laura Ruisánchez, Eloísa Brito.

De pie: Corina Pérez, Ñiquita Saínez.